

## Nota preliminar

Entre los centenares de textos escritos o pronunciados por Miguel de Unamuno desde el golpe de estado del general Primo de Rivera hasta principios de 1935, en una república convulsionada, víctima de enfrentamientos cada vez más violentos entre las dos Españas, no deja de parecer atrevida e inevitablemente arbitraria la elección de estos nueve textos, completados con una carta abierta de los estudiantes al catedrático exiliado.

En realidad, corresponden a varios ejes que dominan la reflexión de Miguel de Unamuno durante esos años en que España conoce cambios profundos: el pronunciamiento de septiembre de 1923, la resistencia del exiliado contra la dictadura y aún más contra la monarquía, el desengaño frente a la república que se traduce en un alejamiento inexorable, el miedo a una guerra que ya llama «civil» y que le inspira un llamamiento a la paz dirigido a los padres a través de sus hijos.

Los primeros cinco textos leídos en este acto por los estudiantes y titulados «A la juventud» (1924-1934) dejan constancia del interés persistente de Miguel de Unamuno por los jóvenes, ya evidente en su discurso de apertura del curso académico del curso de 1900 a 1901 a pesar de algunos desencuentros. La lucha del catedrático exiliado durante seis años se funda en gran parte en su confianza en los estudiantes españoles, que le parecen los únicos capaces de acabar con la dictadura. Al respecto son esclarecedoras las cuartillas que les manda para que sean leídas durante el acto del 28 de marzo de 1925 en la Universidad Central de Madrid ante los restos mortales de su amigo Ángel Ganivet (1).

Después de la prohibición de las autoridades, los estudiantes hacen en seguida una tirada de 5.000 ejemplares, y el homenaje a Ganivet se convierte en otro a Unamuno, símbolo de la resistencia a la dictadura de Primo de Rivera fuera de España.

En la primavera de 1929, Miguel de Unamuno publica otra carta abierta destinada a «los estudiantes de España» en el semanario clandestino *Hojas Libres*. Ensalza su resistencia y afirma que para todos es un deber ético «hacer política» y son los estudiantes los que tienen que dar el ejemplo para que sus profesores sean auténticos «ciudadanos». Añade una mención especial a las estudiantes, porvenir de España, que aguantan la tiranía de la dictadura militar (2).

La contestación al «maestro» en nombre de los estudiantes de España escrita con alta probabilidad por María Zambrano, revela la enorme influencia que tuvo Unamuno sobre toda una generación. La joven escritora, quien participa activamente con sus compañeros de la FUE —Federación Universitaria Española— en las huelgas y movimientos estudiantiles de 1929 contra la política universitaria de Primo de Rivera y contra la monarquía de Alfonso XIII, acude al mismo léxico que Unamuno. Lleva el mismo combate político que él, comparte su compromiso ético y deshumaniza a sus adversarios, les ataca y les insulta; incluso incita al exiliado a combatir e intensificar la lucha (3).

Los dos textos siguientes son discursos de tonalidad totalmente distinta. En el primero, pronunciado en Madrid en la euforia anterior a las elecciones generales de junio de 1931, se dirige otra vez a los estudiantes pidiéndoles que tengan fe, fe que se alimenta de dudas, y que construyan la universidad del futuro alejada de los dogmas y del tradicionalismo cerril de

unos catedráticos. Proclama su voluntad constante de no dejarse encasillar en cualquier «partido» para permanecer «entero» y lejos de los programas; sin embargo, unas semanas después, sale elegido diputado a Cortes como candidato de la Conjunción Republicano-Socialista (4). Le sigue otro discurso de fines de septiembre de 1934 pronunciado con motivo de su jubilación pero los tiempos han cambiado. Frente a la brutalización ambiente y a la política de masas, Unamuno dirige uno de sus últimos llamamientos a los estudiantes para que salven a España de la violencia difundiendo la Cultura y los valores de tolerancia y convivencia (5).

El segundo conjunto de textos, titulado «De la Dictadura a la República», abarca cinco textos de índole y estilo diferentes: un extracto del epílogo a su obra *Teresa* (1924), el fragmento de una carta privada (febrero de 1926), un extracto de un mitin político (abril 1931), una conferencia en el Ateneo madrileño (noviembre de 1932) y una alocución dirigida a los niños de España (enero de 1935). A través de estos documentos se percibe cómo la unidad del pensamiento unamuniano se forja saltando todas las fronteras por la porosidad entre los géneros literarios, entre la escritura y la oratoria, sin olvidar la actividad epistolar. Además, estos pocos textos sugieren las posturas de Unamuno frente a la agitada situación política de su país con sus temores, sus convicciones e incertidumbres.

El primer texto, que concluye el poemario *Teresa*, es una de las tempranas manifestaciones de oposición de Unamuno al levantamiento militar y al manifiesto que publicó Primo de Rivera el 13 de septiembre en *La Vanguardia*, mientras que la mayoría de los intelectuales queda callada y gran parte de la sociedad española acoge con indiferencia o más bien con satisfacción y alivio al pronunciamiento.

Unamuno denuncia a los militares «obsesionados por la masculinidad física» y su «filosofía del carnero», ilustración de la obsesión por la sexualidad y el menosprecio a la inteligencia y cita a don Juan Tenorio como representante de esta filosofía popular. El escritor pronto se sabe de memoria el manifiesto de Primo de Rivera, «que huele a las heces»; no consigue publicar una edición crítica de éste pero durante todo el destierro son innumerables sus denuestos al dictador.

Con todo, el comentario de la actualidad política y la creación poética se completan y Unamuno compone poemas «manados de su alma» a la vez que los artículos periódicos con los que trata de dar vida a la historia de su «conturbada España» (6).

El documento siguiente presenta extractos de una carta dirigida a Gregorio de Balparda, prohombre de la política vizcaína, alcalde de Bilbao y diputado, liberal demócrata miembro de la Liga de Acción Monárquica. En esta carta se confirma e intensifica su oposición al rey nacida en el momento de la Gran Guerra. Como en su poemario *De Fuerteventura a París* y en los artículos de *Hojas Libres*, critica a su bestia negra, el general Severiano Martínez Anido, al que llama «mastín del rey», y califica a Alfonso XIII de «déspota perjuro y falaz». En cambio, no teme el advenimiento de una segunda república en España (7).

Al volver a España después de su largo destierro Unamuno se vale más que nunca de la palabra como arma de combate. El discurso en la Casa del Pueblo de Salamanca del 13 de abril de 1931, como el que pronuncia al día siguiente desde el balcón del Ayuntamiento, deja

constancia de su entusiasmo y de sus esperanzas en la República, que proclama virtualmente al conocer el resultado de las elecciones municipales y oficialmente el 14 de abril. Se muestra dispuesto a servir al nuevo régimen y enmarca esta victoria contra la monarquía en su concepción de la continuidad histórica. Para él, los vencedores de los comicios de 1931 son los herederos de los comuneros de Castilla que se levantaron entre 1520 y 1522 contra el emperador Carlos Quinto. En mayo de 1931, sigue afirmando que «los comuneros de hoy se han alzado contra él [Alfonso XIII] y con el voto han arrojado al último Habsburgo» (8).

El discurso pronunciado en el Ateneo el 28 de noviembre de 1932, año y medio después de la proclamación triunfal de la república, traduce el «cambio de rumbo» de Unamuno que expresa con tristeza, desaliento y pesimismo el fracaso de sus ilusiones en una afirmación muy clara: «He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su república». Se entiende mejor el contenido y alcance de este discurso precisando que es una respuesta al que pronunció en Valladolid el jefe del Gobierno, Manuel Azaña, el 13 de noviembre de 1932, y se notan alusiones críticas de Unamuno a las leyes acerca de las congregaciones religiosas y del estatuto de Cataluña (octubre de 1932).

Unamuno se alza también en contra de «la monserga de la personalidad diferencial de las regiones» y recalca los defectos del autonomismo que cuestan caro: burocracia, multiplicación de los funcionarios, «parlamentitos», etc.

A partir de esta conferencia calificada por Manuel Azaña de «lastimosa, una estupidez o una mala acción», Unamuno participa cada vez menos en los debates del Parlamento y ya no es diputado en la siguiente legislatura (9).

El último texto es una alocución a los niños de España encargada a Miguel de Unamuno por el presidente de la República y la reproduce *Ahora* el 6 de enero de 1935. Se trata de un mensaje pacífico destinado a los niños pero sobre todo a sus padres. Les pide perdón por el clima de violencia que reina a menudo en España. Aboga por la desaparición de juguetes de destrucción y se alza en contra de los que quieren alistar a los niños, refiriéndose a la existencia de los «balillas» en la Italia fascista (10).

Gracias a las voces de estos estudiantes salmantinos y a la del prestigioso actor José Luis Gómez, cobran vida estos textos y se funden —incluso la carta de María Zambrano— para formar un solo texto, el relato único del compromiso político y ético inquebrantable y pasional de un intelectual que acudió tanto a su pluma como a la palabra para agitar los espíritus.

Colette Rabaté (Universidad de Tours)  
y Jean-Claude Rabaté (Universidad de la Sorbonne-Nouvelle, Paris III)